

# QUIPU

## VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 226 27/9/2024

## NOCHES DE BOHEMIA EN LA LIMA DE LOS AÑOS 60



# NOCHES DE BOHEMIA EN LIMA

El notable escritor y periodista Fernando Ampuero (Lima, 1949) rescata en su reciente libro de relatos, *Tanta vida yo te di* (Tusquets, 2024), una larga y amena crónica sobre sus andanzas juveniles, de la que ofrecemos algunos fragmentos. El autor desciende, por cierto, de uno de los fundadores de la capital peruana, el conquistador Francisco de Ampuero, y de la ñusta Inés Huaylas Yupanqui.

Tengo 72 años al momento de escribir esta nota y lo que hoy puedo decir sobre Lima, en tanto territorio de mi infancia y juventud, se reduce a un manojo de recuerdos vívidos y una que otra postal amarillenta. Aquella Lima, ciudad enclavada en un florido valle y que Sebastián Salazar Bondy definió como «una tregua en el desierto», ya no existe; el desierto ha desaparecido del entorno, tras dar cobijo a las sucesivas olas de migrantes del interior. Y en cuanto a su paisaje de antaño, pleno de «acequias rumorosas», ha sido también desfigurado por el incremento de barrios de una gran clase media, cada día más dominante. Cuando yo nací, en 1949, la población no llegaba al millón de habitantes -en 2021 tiene alrededor de diez millones-, y la impresión que retengo de esos días es la de haber vivido en una ciudad pequeña y simpática, que atesoraba su raigambre virreinal y exhibía con orgullo una lenta pujanza de renovación: el Hotel Bolívar, el Jirón de la Unión, el Paseo Colón, o bien los cinemas, los tranvías, las tiendas elegantes, las heladerías de moda; la moderna escalera mecánica de las Galerías Boza, la única de entonces, era la gloria.

Había, por supuesto, otros escenarios prósperos, lejos del centro de la ciudad: la avenida Salaverry, con sus palacetes cuya vida espléndida ha descrito para siempre Bryce Echenique en *Un mundo para Julius*, y que conducía hacia los distritos de San Isidro y Orrorantía del Mar, así como la avenida Arequipa llevaba al sosiego de Miraflores, Barranco y Chorrillos, o la avenida Brasil a Magdalena del Mar. La ciudad abandonaba la vera del río Rímac y, como si buscara paz, se extendía a la costa. El viaje que más me gustaba, sin duda, era el que se hacía en tranvía y nos trasladaba a La Punta, encantador balneario vecino al puerto del Callao. Uno atravesaba enormes llanuras salpicadas de pastizales, y solo veía, en las cercanías de las avenidas Colonial o Argentina, sauces solitarios, establos de vacas, o bien unas pocas fábricas dispersas que en toda urbe surgen en la periferia. No asomaban aún las unidades vecinales, ni más lejos, en el desierto, se establecían las barriadas, término peyorativo que durante el gobierno militar de Velasco Alvarado fue cambiado por el de pueblo joven.

Vista con indulgencia, la pobreza rondaba en menores proporciones, pero se disimulaba, tal como Julio Ramón Ribeyro nos lo refirió en varios de sus cuentos; y si esto no se podía, los limeños, derrotados, zozobraban en los tugurios. Así las cosas, Salazar Bondy tomó la posta: se lanzó a husmear en los zaguanes de varias casonas en ruinas a fin de desnudar lo que muchos no querían ver, a la vez que fustigaba la mentalidad limeña emanada de su herencia colonial, y señalaba como subsidiario de esta a Ricardo Palma, cuyas tradiciones la ensalzaban. Acto seguido escribió un ensayo en tono de diatriba, desmitificando la capital del Perú como tierra modélica y promisoría, y, para que no quepan dudas, le puso por título el perentorio denuesto del poeta César Moro: *Lima la horrible* (1964).

Bueno, no era tan horrible, en verdad, pero pronto lo sería. Lima mantenía todavía una magia secreta: la noche.



La noche de Lima, o al menos la que yo conocí a mediados de los años sesenta, era ideal para cualquier ceremonia de transgresión, habida cuenta de que la ciudad diurna era formal, conformista, mojígata (la gente, educada y circunspecta, vestía a diario saco y corbata, y no se perdía la misa del domingo); o era, si se quiere, la opción más entusiasta para vivir a contracorriente de las convenciones y disfrutar abiertamente de una bohemia satisfecha de sí misma. Chicos y chicas, con ojeras y caras de sueño, paseaban por las calles, donde todo quedaba cerca, los cafés y los bares, los teatros y los cines, las boites y los billares, e incluso las universidades -San Marcos y la Católica se encontraban a seis cuadras de distancia-, y, en ese tráfigo urbano, se confundían con otras tribus de noctámbulos: trovadores, poetas, artistas plásticos, así como el elenco estable de conspiradores, estriptiseras, borrachos y locos sueltos {...}.

El primer bohemio que conocí fue Martín Adán. Era un viejo poeta de quien se decía que entraba y salía de mani-comios, y que, por lo general, componía versos herméticos y de profundidad filosófica. Enfundado en un roñoso terno oscuro y tocado de sombrero borsalino, solía deambular por las calles del centro con aire distraído. Una tarde, justamente en la esquina de Quilca y Amargura, se detuvo a hojear un libro. Yo iba en compañía de tres estudiantes de la Católica y uno de ellos lo reconoció y saludó con veneración, disculpándose por interrumpir sus pensamientos y dándole el trato de «gran poeta peruano». Martín Adán miró hacia Quilca, donde al final de la calle un sol rojizo se hundía en el horizonte, y dijo:

—¿Ven ustedes el crepúsculo allá a lo lejos?... Eso es lo que más se me parece— y, llevándose una mano al ala del sombrero, se marchó.

Ya entonces corría la leyenda de que Martín Adán y el poeta *beatnik* Allen Ginsberg se habían reunido en el bar *Cordano*. La tribu *beatnik*, a criterio de las nuevas hornadas de escritores, parecía obrar como una actualización del vitalismo desbordado y la marginalidad; traía, de hecho, una bohemia que incluía bluyín, autoestop y desesperación {...}.

Los cafés de mis primeras incursiones fueron de un sofisticado estilo europeo: el *Versalles*, que quedaba en el portal izquierdo de la plaza San Martín, y el *Tivoli*, en La Colmena, avenida con pretensiones de bulevar parisino, en las inmediaciones del *Grill Bolívar*. Sentado a sus mesas, tuve noticias de la «poesía pura» (Jorge Eduardo Eielson, Javier Sologuren) y la «poesía social» (Alejandro Romualdo, Washington Delgado), dos vetas divergentes e igualmente admiradas en nuestra lírica de los cincuenta.

La Colmena, por cierto, la conocía de toda la vida. Yo había estudiado en el colegio La Inmaculada, a una cuadra del *Mario*, café y trattoria que fue el primer local de la ciudad que puso un televisor en su salón, y adonde íbamos a curiosear los alumnos, todos rigurosamente de saco y corbata; el *Tivoli*, local con grandes ventanales, manteles a cuadros y triangulares ceniceros Cinzano, quedaba un poco más allá.



Año 60: *Café de París*; al centro, en *El Negro Negro* y, a la derecha, función teatral

Luego, movido por el azar, la noche me arrastraba de café en café, o de sótano en sótano, o de antro en antro. El café *Dominó*, donde veías en las paredes dibujos de Sérvulo Gutiérrez, era frecuentado por pintores, lo mismo que el *Viena*, sito en Ocoña; el *Zela*, café y bar, tenía como habitués a José María Arguedas y al arpista Pelayo Vallejo; el *América* y el *Bransa* reunían a músicos y actores, y el café *Edén*, al lado del Teatro Segura, a toreros y cantantes de zarzuelas. En cuanto a las cantinas, las más concurridas eran el *Munich*, el *Palermo* y el *Queirolo*, y las más cutres, el *Wony*, un chifita alicaído, y *La Llegada*, antro de borrachos y jueguistas. Por contraste, el lugar más elegante era el bar del Hotel Bolívar, famoso por su pisco sour catedral [...].

A esas alturas, naturalmente, conocí a escritores peruanos, tanto de Lima como de provincias. No a todos, claro; y a muchos los conocí de oídas, y a otros los vi de lejos. Tomó un tiempo -ya con el pelo largo y la facha desaliñada- cruzar palabras con Julio Ortega, Antonio Cisneros, Luis Hernández y Mirko Lauer, entre otros; y luego, al salir de viaje, visitar a quienes vivían en Europa, con bohemia o sin ella, siguiendo los pasos de Vallejo y de los novelistas americanos de la generación perdida. Vargas Llosa, se decía, era un confeso anti bohemio; dosificaba al máximo el rito de irse de copas. Bryce, un bohemio militante. Ribeyro, un bohemio con descanso médico. Mientras tanto, en nuestra aldea, la experiencia foránea daba lustre [...].

Los cafés y bares, en todo caso, no lo eran todo. También había sótanos dedicados a actividades culturales, como el Club de Teatro (bajo el cine *Le Paris* y frente al *Café de París*), o sótanos lúbricos: el *Tabaris* y el *Embassy*, cuyas sesiones de stripteas y danzas exóticas causaban furor; y hasta existía un humeante sótano existencialista, una cueva de jazz en toda la regla, el *Negro Negro*, con pianista negro e invidente. Penetrar ahí, luego de leer *La náusea* y *El extranjero*, te otorgaba un aire cosmopolita.

Y, para la jarana criolla, cuándo no, podías acudir al Cercado y, entre otras peñas, aterrizar en el Club Felipe Pinglo Alva, donde vibraban los valeses y las polkitas, y cuyo ambiente era la cundería de La Victoria y Barrios Altos, o al *Karamanduka*, bajo la batuta de Piedad de la Jara, donde el «tout Lima» se volcaba a una suerte de bohemia chic, que, para Manuel Scorza, constituía la «Capilla Sixtina del criollismo» [...].

Mucha gente de los sesenta era rara para mí; yo recién descubría el mundo. Sin embargo, comparándola con los personajes actuales, ya nadie me parece extraño. Por nuestras ciudades mundanas -Lima, Cusco, Arequipa-, lo inaudito y extravagante se ha normalizado. Sea como fuere, al evocar aquel profuso surtido de tipos raros, detecto ahora, no sin simpatía, emociones perdurables. Haber conocido a Humareda, por ejemplo, fue toda una experiencia. Aquel pintor puneño, de vehemente trazo expresionista y colores intensos, era un hombre marginal y pensativo que paseaba por las calles del centro, pero siempre abrumado, porque a

menudo lo discriminaban; los restaurantes y hoteles de lujo le cerraban el paso. Vestir de saco y corbata, en su caso, no lo volvía respetable [...].

Caminar de noche por la plaza San Martín, enfriada con una ligera bruma que hacía tiritar, permitía entonces que viéramos escenas insólitas. Una vez, al dar las tres de la madrugada, hora en que la plaza estaba casi desierta y humedecida por el rocío, contemplé a un típico vendedor: el emolientero. Se apareció empujando una carretilla techada con lona impermeable y dejando tras de sí un vapor aromático de hierbas levemente maceradas en agua hervida. Sus clientes, de solapas levantadas, eran taxistas y trabajadores nocturnos de camino a sus casas, pero asimismo bohemios

lívidos y, según el diario *Última hora*, «gente de malvivir».

Una vez instalada la carretilla, me sumé a la clientela; pedí el vaso de emoliente y deseché la oferta de un apanado transparente. Y, estando en esas, llegó de pronto una extraña compañía: una bella y joven señora, de estola de piel y otras galas, que fumaba con larga boquilla; solicitó también el caliente bebedizo y le hizo una seña a su chofer, que la custodiaba desde del auto, estacionado a corta distancia [...].

La bohemia es una forma de expansión. Algunos la odian, es cierto, ya que no beneficia a todos por igual. De la multitud de bohemios, solo pocos sobreviven como

escritores o artistas; los demás naufragan. El secreto para salvarse consiste en tomar la bohemia como una segunda educación, una escuela libre. Con ello quiero decir que, fuera de las mesas llenas de botellas de cerveza o las pullas entre unos y otros, lo esencial, me parece, es la tertulia, las conversaciones que te iluminan, el éter original de los viejos bohemios: la palabra clara y bella, sin pirotecnia, sin trampa.

Tengo decenas de ejemplos fascinantes de tales conversaciones, pero doy fin a esta nota con el más sencillo y tal vez el más hermoso. En 1969, en una mesa de «adictos» al cine club, el tema que desmenuzábamos era *Isadora*, la gran película de Karel Reisz [...].

Parecía que lo habíamos dicho todo. No era así.

Uno de aquellos «adictos», cuyo padre, al parecer, era catedrático de Literatura, nos desengañó. «¡Mañana les traeré una sorpresa!», dijo. «¡A este mismo café y a la misma hora». Y lo que trajo -lo estoy viendo- nos dejó maravillados. Mostró un ángulo colateral: un ejemplar de la revista *Mundial*, publicada en 1927, con un texto firmado por César Vallejo. Nuestro poeta había escrito una sentida crónica sobre los funerales de la bailarina, donde empezaba vislumbrando la cremación de sus restos [...]. Y, hacia el final, concluía con solemne admiración: «Bailó por primera vez lo que antes se creyó que no era bailable...Yo la vi en su último recital del Teatro Mogador, en julio de este año, bailar -con ya moribundo brillo- la *Sinfonía Inconclusa* de Schubert y *Tanhäuser*... La tierra retiene para siempre el latido de sus pies desnudos, que ritman el latido de su corazón».

En la portada: Serenata a Lima, 1967. Foto: Archivo *El Comercio*. <https://cutt.ly/ReYVPwKy>



F. Ampuero, 1969

## LA CARGA DE LAS VANGUARDIAS

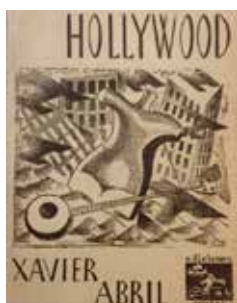
La Casa de América de Madrid ha inaugurado en días pasados una ambiciosa exposición bibliográfica cuyo título es *Vanguardias literarias transatlánticas. De «Azul» a Noigandres y más allá*. La muestra tiene como comisarios al reconocido escritor, crítico y erudito Juan Manuel Bonet, y al experto galerista José Ignacio Abeijón, quienes han reunido una amplia selección de quinientas publicaciones de poesía y arte de las vanguardias



literarias latinoamericanas y españolas, provenientes de los fondos de la colección López Triquell, dedicada desde hace más de tres décadas a acopiar una serie de libros y documentos sobre el tema, de particular interés.

En un vertiginoso recorrido que alterna el rigor con la amenidad, la muestra va desplegando multitud de libros, revistas, manifiestos y otros impresos, a los que acompañan manuscritos y cartas, así como cuadernos, fotografías y hasta algunas obras de arte representativas. El período que abarca se inicia en 1900 y llega a 1970, y aunque busca resaltar los cercanos vínculos que entonces existieron entre las diversas vanguardias en un espacio geográficos de tan abrumadoras dimensiones, ha optado por una didáctica división expositiva por países.

El Perú, como corresponde, está debidamente representado. El simbolismo fundacional del poeta José María Eguren y la obra sonora de José Santos Chocano con *Alma Americana. Poemas indo españoles* (ilustrada por Juan Gris), preludian la irrupción de las vanguardias literarias, con autores como el paradigmático César Vallejo (del que destacan



*Los Heraldos Negros* y *Trilce*, además de la revista *Favorables Paris Poemas*, preparada con el español Juan Larrea), Alberto Hidalgo (presente con nueve de sus más de veinte títulos publicados), Juan Parra del Riego, la poeta y activista política Magda Portal, los hermanos y abanderados del indigenismo Alejandro y Arturo Peralta (conocido con el pseudónimo de Gamaliel Churata) y otras figuras presentes también en las páginas de la revista *Amauta* de José Carlos Mariátegui, a la que, por cierto, le fue consagrada una memorable exposición en el Museo de Arte Reina Sofía, en 2019.

La muestra recoge también el aporte de los surrealistas César Moro -del que se muestra las rarísimas ediciones de *Lettre d'Amour* y *Chateau de Grisou*-, Emilio Adolfo Westphalen, con *Abolición de la muerte* y su revista *Las Moradas*, y Xavier Abril, del que se exhibe *Hollywood*, libro que fue publicado en Madrid con cubierta de la pintora española Maruja Mallo. En lo que a nuestro país se refiere, la muestra se cierra con la irrupción del grupo *Hora Zero* a inicios de la década de 1970, en el que tuvieron inicial protagonismo los poetas Jorge Pimentel, Juan Ramírez Ruiz, Enrique Verástegui y Jorge Nájjar (afincado más tarde en París) así como otros autores. La muestra permanecerá abierta hasta el próximo 14 de noviembre.

## AGENDA



### PELICULA REINANTE

La recién estrenada película *Reinas* de la cineasta peruano-suiza Klaudia Reynicke, viene siendo acogida con creciente interés por el público y la crítica. El guión fue coescrito por su productor, el conocido cineasta Diego Vega, con la directora, que compuso también la banda sonora junto al músico Gioacchino Balistreri. La película contó con el respaldo de instituciones del Perú, España y Suiza, tiene como protagonistas a Abril Gjurinovic, Luana Vega, Gonzalo Molina, Susi Sánchez y Jimena Lindo, e incluye en el reparto a Denise Arregui, Tatiana Astengo, Sebastián Rubio, Micaela González, Mia Owens y Uma Mikati. La historia está ambientada en la Lima de inicios de los años 90, cuando parece enseñorearse el flagelo de la violencia terrorista de la década anterior y cunde el desánimo en diversos sectores. En ese ambiente, dos adolescentes y su madre, pertenecientes a la mesocracia urbana, están a punto de migrar del país cuando reaparece la figura del padre ausente, que trata de recobrar su desvanecida imagen. *Reinas* fue ganadora del Oso de Cristal a la Mejor Película en la categoría *Generación Kplus* del 74 Festival Internacional de Berlín, obtuvo el Premio del Jurado al Mejor Guion en el 28 Festival de Cine de Lima y fue nominada al Premio del Jurado en el último Festival de Sundance.



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES  
DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL  
**INCA GARCILASO**  
Ministerio de Relaciones Exteriores  
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú  
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe